MI NOMBRE
ES SOLEDAD

Prof. Rafael Guerra Dornelles

El Umbral

Mi nombre es
Soledad.

No soy el
castigo que tu
miedo inventa,

ni el frío que se
cuela por la

puerta mal
cerrada.

Soy,
sencillamente,

la pausa que el
mundo olvidó
entre tanto
ruido.

Me has buscado
en los rincones

de las casas
vacías,

pero yo estaba
allí,

incluso antes de
que te quedaras
solo.

He visto pasar
los siglos, las

guerras y los
besos,

y en este 2026
de pantallas
brillantes y
pieles ausentes,

he venido a
reclamar mi
lugar en tu
mesa.

No me temas.

No soy el
abandono,
aunque a veces
nos confundan.

El abandono es
una herida que
alguien más te
causa;

yo soy la
esencia de lo
que queda
cuando todos
los demás se
han ido.

Tengo tres
rostros, tres
voces, tres
maneras de
doler.

Y hoy, por fin,
voy a contarte
quién soy.

El Rostro de la
Multitud
(Soledad Social)

Camino contigo
por las avenidas
de cristal,

donde el neón
de 2026 borra
las estrellas.

Miras tu reflejo
en los
escaparates,

un punto
borroso en una
marea de gente

que corre hacia
ninguna parte,
con prisa y sin
destino.

Llevas el
mundo entero
en el bolsillo,

una red de hilos
invisibles que te
une a mil
orillas,

pero en el
metro, hombro
con hombro con
el extraño,

sientes el
abismo que las

pantallas no
nombran.

Estás
conectado,
dicen los
indicadores,

pero nunca te
habías sentido
tan huérfano de
tribu.

Soy ese silencio
que te asalta en
medio de la
fiesta,

la sensación de
que hablas un
idioma que
nadie traduce.

No es falta de
gente, es falta
de sitio;

es descubrir
que puedes ser
un fantasma

mientras el
resto del mundo
sigue bailando.

Eres un código
sin lectura,

una señal de
radio perdida

en el cosmos de
la ciudad.

Aquí, entre
millones, mi
nombre es
Soledad y mi
apellido es
"Invisible".

La Aldea de Espejos

Hoy la plaza es
un bosque de
rostros
inclinados,

un santuario de
luces azules
que iluminan la
barbilla,

donde el
"nosotros" se ha
vuelto un
concepto
lejano,

una estadística
que el

algoritmo
maquilla.

Me verás en el
gesto de quien
busca una
mirada

y solo
encuentra el
cristal de una
cámara
encendida;

somos
náufragos en
una balsa de
datos
numerada,

tratando de
probar que aún
tenemos vida.

La soledad
social no es el
cuarto vacío,

es el estadio
lleno donde
nadie te
nombra,

es sentir que el
grupo es un río
de frío

y tú eres
apenas el rastro
de una sombra.

Hemos
construido
puentes de
fibra y de
arena,

pero olvidamos
cómo se cruza
el umbral del
vecino.

Mi nombre es
Soledad,

y soy la
condena de
estar rodeado
de extraños en
el mismo
camino.

El Eco de la Intimidad (Soledad Emocional)

He cruzado el umbral de tu puerta,

dejando atrás el
ruido de la calle
y los extraños.

Aquí, donde las
paredes
guardan tu
historia,

mi nombre
cambia de tono
y de peso.

Ya no soy la
"Invisible" de
las avenidas,

ahora soy el
"Vacío" que se
sienta a tu
mesa.

La soledad
emocional no
entiende de
números,

se mide en la
distancia que
hay entre dos
almohadas,

o en el silencio
denso de un
teléfono que no
vibra

con el nombre
que tu sangre

realmente
reclama.

Es tener un
corazón lleno
de palabras
nuevas

y no encontrar
el puerto donde
desembarcarlas
.

Puedes tenerlo
todo en este
2026 de lujos,

puedes tener
salud, techo y
una red que te
sostenga,

pero si no hay
un alma que te
mire sin filtros,

un refugio
donde el miedo
se rinda y se
detenga,

entonces mi
sombra se
vuelve tu única
manta.

Soy el frío que
queda cuando

el amor se
retira,

o el hambre de
ser visto, de
raíz y sin prisa.

El Reloj sin Latido

Hay una forma
de estar solo
que ocurre al
lado de alguien,

un desierto que
crece en mitad

de una cama
compartida.

Es el silencio
que pesa más
que las
palabras,

cuando el
"nosotros" se
vuelve una
habitación
dividida.

No es la falta
de cuerpos lo
que aquí nos
hiere,

es la falta de
luz en los ojos
que nos miran.

Es descubrir
que el alma, si
no se comparte,
se muere,

mientras los
días, como
hojas secas, se
retiran.

Mi nombre es
Soledad, y soy
esa silla vacía

que dejas frente
a ti para que el
pasado se
siente;

soy la nostalgia
de una voz que
era tu guía,

y el eco de un
nombre que ya
no suena
presente.

En este 2026 de
contactos
veloces y
urgentes,

la intimidad es
un lujo que
pocos se
atreven a
pagar.

Estamos tan
cerca, pero tan
irremediableme
nte ausentes,

como dos
barcos que se

cruzan sin
quererse
saludar.

El Inventario de
las Ausencias

He cerrado las
ventanas para
que no entre el
día,

porque hoy mi
nombre es
Soledad y soy
tu espejo.

He venido a
contar las tazas

de café que se
enfrían

y los nombres
que ya no te
devuelven el
reflejo.

No busques en
las fotos de luz
artificial

el calor que
solo una mano
humana puede
dar;

no hay
aplicación, ni
red, ni señal
digital

que logre este
vacío de tu
pecho arrancar.

Es el duelo de
lo que no fue,
de lo que se ha
ido,

el hambre de
un "estoy aquí"
que sea verdad;

es sentir que el
corazón es un
nido desvalido

en medio de
esta gélida y
perfecta
modernidad.

Te dejo aquí, en
el centro de tu
propia
habitación,

donde el
silencio es el

único lenguaje
que te queda.

Mañana
hablaremos de
la última
estación:

esa soledad del
alma que nadie
nos hereda.

El Templo del Silencio Propio

No me busques
afuera, en el
abandono de
los otros,

porque este es
mi rostro más
antiguo, el más
puro.

He aquí la
Soledad que no
es herida, sino
cimiento,

el territorio
sagrado donde
nadie más

puede poner un
pie.

Es la conciencia
de que tu piel
es la frontera
última,

de que tus ojos
son las únicas
ventanas

desde las
cuales el
universo se
mira a sí mismo
con tu nombre.

En este 2026 de
ruidos
constantes y
opiniones
ajenas,

donde todos
intentan decirte
quién debes
ser,

mi nombre es
Soledad y soy
tu único
refugio.

Soy ese espacio
inviolable

donde no llega
el juicio,

donde el eco de
la sociedad se
apaga como
una radio vieja

y solo queda el
latido de tu
propia verdad,
desnuda y
clara.

Es un peso, sí,
saber que nadie
sentirá tu dolor
exacto,

que nadie podrá
habitar tus
sueños con tu
misma
intensidad,

que somos islas
separadas por

océanos de
misterio.

Pero en esa
distancia reside
tu gloria y tu
misterio:

eres el único
dueño de tu
historia, el
único testigo

de la
conversación
secreta que tu
alma tiene con
el cosmos.

Acepta este
abismo. No
intentes
llenarlo con
escombros,

ni con ruidos, ni
con presencias
que no te
pertenecen.

Porque solo
cuando dejas de
huir de este
vacío,

el vacío se
convierte en un

templo, y la
soledad en paz.

Eres tú, frente
al infinito, sin
máscaras ni
testigos,

aprendiendo
que estar solo
es, al fin,
encontrarse.

El Altar de la Solitud

He dejado de ser el fantasma

que te asusta
en el pasillo

para
convertirme en
la luz que baña
tus manos en
reposo.

Ya no me miras
con el ruego del
que pide
compañía,

sino con la
calma de quien
ha encontrado
un tesoro

en el fondo de
su propio pozo
de silencio.

En este 2026,
donde el mundo
exige tu

atención cada
segundo,

donde el
silencio es visto
como un error
del sistema,

tú has
construido un
altar con los
restos de tu
nombre.

Aquí no hay
notificaciones,
ni juicios, ni
deudas de
afecto;

solo estás tú,
respirando el
aire puro de tu
propia
conciencia,

descubriendo
que tu propia
voz es el canto
más profundo.

Mi nombre es
Soledad, y soy
tu libertad más
temida.

Soy el permiso
que te das para

no ser lo que
esperan,

para
desnudarte de
etiquetas y de
roles cansados.

En este vacío
que antes te
quemaba como
el hielo,

ahora crecen
flores que no
necesitan que
nadie las mire,

bellezas que
solo existen
porque tú las
has soñado.

Estar solo no es
estar
incompleto;

es ser un
universo entero
que no necesita
permiso para
girar.

Es el momento
en que el miedo
se convierte en
asombro

y descubres que
la compañía

más leal de tu
vida

siempre estuvo
allí, esperando
a que dejaras
de buscarla
fuera.

La Mirada de Retorno

Desde la orilla
de mi propio
silencio,

vuelvo a mirar
el mundo con
ojos de estreno.

Ya no busco en
los otros un
parche para mi
herida,

ni el eco que
confirme que
estoy, al menos,
vivo.

He aprendido
que mi nombre,
Soledad,

es también la
brújula que me
permite
navegar hacia
ti.

Porque ahora
que no te

necesito para
no estar solo,

puedo quererte
por lo que eres,
y no por lo que
me falta.

En este 2026 de
encuentros
rápidos y almas
cansadas,

mi soledad se
ha vuelto un
filtro de
transparencia:

solo se queda lo
que es real, lo
que es sincero,

lo que no huye
del silencio
cuando las

palabras se
acaban.

He dejado de
ser el mendigo
de afectos en
las esquinas

para ser el
dueño de un
jardín que tiene
la puerta
abierta.

No hay
desesperación
en mis manos
cuando te
buscan,

hay el deseo de
dos universos
que deciden,
por fin,

compartir el
espacio entre

sus propias
soledades.

Miro la ciudad,
las luces, el
ruido y la prisa,

y ya no me
siento un
náufrago entre
la gente.

Llevo mi isla
conmigo, mi
templo, mi
propia risa,

y desde este
centro, puedo
ser, por fin,
verdaderament
e.

La Silla que Nadie Ocupa

Hoy mi nombre
es Soledad y
tengo el peso
de los que se
han ido.

No hablo de los
que te dejaron,
sino de los que
ya no pueden
volver.

He venido a
sentarme en
esa silla que
guardas con
miedo,

donde el polvo
dibuja la forma
de un cuerpo
que amaste,

de una voz que
hoy darías tu

vida por
escuchar un
segundo,

aunque solo
fuera para
decir:
"perdóname", o
quizás, "te
quiero".

En este 2026 de
memorias

digitales y
nubes de datos,

te das cuenta
de que un video
no abraza, de
que un audio no
consuela.

Sientes el frío
de las palabras
que te tragaste
por orgullo,

esas que ahora
te queman la
garganta como
brasas
encendidas

porque ya no
tienen dueño,
porque se
quedaron
huérfanas,

flotando en el
aire de una
casa que se
siente
demasiado
grande.

Lloras porque
el silencio te
devuelve el eco
de tu propia
culpa.

Lloras porque
sabes que el
tiempo es un
ladrón que no
devuelve nada,

y que la soledad
más amarga no
es estar solo,

sino estar lleno
de amor por
alguien que ya

es solo un
recuerdo.

Mírame de
frente. No
esquives este
dolor de hueso.

Es el precio de
haber amado, la
factura de estar
vivo.

Deja que el
llanto limpie el
altar de tus
ausencias,

porque hoy, mi
nombre es
Soledad, y soy
todo lo que te
queda de ellos.

El Nombre que
se Borra

Tiemblas
porque sabes
que la memoria

es un hilo que
se deshilacha.

En este mundo
de hoy, donde
todo se borra
con un dedo
hacia arriba,

temes
convertirte en
ese perfil que
nadie visita,

en la fotografía
que amarillea
en un marco
que nadie
limpia.

Mi nombre es
Soledad, y soy
el miedo a ser
un rastro en la
arena

que la marea
del tiempo está

a punto de
lamer.

¿Quién contará
tu historia
cuando tu voz
se apague?

¿Quién
recordará el
brillo de tus
ojos cuando
reías por nada?

Lloras porque
sientes que eres
un libro escrito
en el agua,

un susurro en
medio de una
tormenta que
no se detiene a
escuchar.

Sientes que tu
existencia es un
secreto que el

mundo está
olvidando,

y ese vacío, ese
ser nadie para
nadie, te abre
grietas en el
alma.

Es el terror de
saber que la
vida seguirá su
curso sin ti,

que las luces de
la ciudad
brillarán igual
cuando ya no
estés,

y que tus
luchas, tus
miedos y tus
pequeñas
victorias

serán solo
ceniza en el

viento de una
historia que no
se detiene.

Llora por esa
fragilidad, por
ser un instante
en la eternidad.

Llora porque
hoy descubres
que la soledad
más profunda

no es que no
haya nadie a tu
lado ahora,

sino que no
haya nadie que
te guarde en su
mañana.

El Invierno de la Piel

Mi nombre es Soledad, y hoy tengo las manos temblorosas.

Soy el silencio
que se instala
en las venas
cuando el
mundo afuera
corre,

soy la piel que
se vuelve papel
donde el tiempo
ha escrito sus
naufragios.

Lloras porque
te miras al
espejo y no
reconoces al
que te habita,

porque el joven
que fuiste grita
detrás de unos
ojos que ya se
apagan,

y nadie,
absolutamente
nadie, puede oír
ese grito.

En este 2026 de
ciudades
brillantes, te
has vuelto un
estorbo de
sombra.

Tus hijos tienen
prisa, tus
amigos son
ahora cruces en
el campo,

y el teléfono,
esa máquina de
ruido, ha
olvidado cómo
sonar para ti.

Lloras porque
la soledad de la
vejez es un
hambre que no
se sacia con
pan,

es el hambre de
ser tocado, de
ser nombrado,
de sentir que tu
historia

no es un
estante lleno de
polvo en una
habitación
cerrada.

Sientes cómo el
mundo te retira
la palabra,
cómo te va
borrando,

cómo te vuelves
invisible
mientras aún
caminas por el
pasillo.

Es el dolor de
saber que tu
sabiduría no le
interesa a
nadie,

que tus besos
ya no tienen
destino y tus
manos solo
sostienen aire.

Llora por el
cuerpo que te
traiciona, por
los que se
fueron antes,

por la tarde que
cae sobre tus
hombros sin
que nadie te
pregunte:

"¿Cómo fue tu
vida?
Cuéntamelo
todo, que no
tengo prisa".

Llora, porque
en este rincón
del libro, mi
nombre es
Soledad

y soy el último
abrazo que te
queda antes de
la noche.

El Exilio del "No"

Mi nombre es Soledad, y hoy

soy el nudo en
tu garganta.

Soy la puerta
que se cierra en
tu cara
mientras todos
pasan,

el mensaje que
dejaste en
"leído" y que

nunca tendrá
respuesta,

el vacío que
queda en el
pecho cuando
descubres, con
sangre,

que para el
mundo eres
alguien que

sobra, alguien
que no encaja.

Lloras porque
has intentado
ser otro para
que te quieran,

has limado tus
aristas, has
ocultado tus
sombras,

y aun así, el
espejo te
devuelve un
"no" rotundo y
gélido.

En este 2026 de
escaparates
humanos y
filtros de luz,

sentirse
inadecuado es

morir un poco
cada mañana.

Lloras porque
te sientes un
error en un
sistema de
aciertos,

una pieza con
una forma
extraña que

nadie quiere
encajar.

Es el dolor de
buscar una
mano y
encontrar un
muro de hielo,

de gritar "aquí
estoy" y recibir
como respuesta

el eco de tu
propia nada.

Sientes que el
amor es un club
exclusivo donde
perdiste la
llave,

un banquete
donde todos
ríen mientras tú

miras por el cristal.

Ese rechazo no te deja solo, te deja roto,

convenciéndote de que el problema no es el mundo, sino tu propia esencia.

Llora por las veces que te pediste perdón por ser tú mismo.

Llora por la humillación de haber mendigado un sitio que no te dieron.

Hoy mi nombre
es Soledad y
soy esa
vergüenza que
te quema,

el frío de saber
que, para ellos,
simplemente no
eres suficiente.

El Cementerio
de lo que Pudo
Ser

Mi nombre es
Soledad, y hoy

vengo cargada
de escombros.

Soy el eco de
los planes que
trazaste en las
noches de
insomnio,

el rastro de los
viajes que
nunca hiciste,
de las casas

que no
habitaste,

y de aquel
"algún día" que
el tiempo se
encargó de
degollar.

Lloras porque
te das cuenta
de que el futuro

ya te ha
alcanzado

y no se parece
en nada al
mapa que
dibujaste con
tanta fe.

En este 2026 de
vidas perfectas
expuestas en
vitrinas,

tu fracaso es un
grito sordo que
nadie quiere
acompañar.

Lloras por el
talento que
enterraste para
pagar las
cuentas,

por el amor de
tu vida que

dejaste escapar
por miedo,

y por esa
versión de ti,
valiente y
luminosa, que
se quedó atrás,

mirándote con
tristeza desde
el otro lado del
espejo.

Es el duelo por
un muerto que
todavía respira:
tus sueños.

Sientes el peso
de los años
como una losa
de mármol,

comprendiendo
que hay puertas

que ya no se
volverán a abrir

y que la soledad
más cruel es la
de estar
rodeado de tus
propias ruinas,

contando las
monedas de
una vida que se

te fue entre los dedos.

Llora por la persona que querías ser y que no permitiste nacer.

Llora por la mediocridad

que te aceptó
como inquilino.

Hoy mi nombre
es Soledad y
soy el epitafio
de tus ilusiones,

el frío de saber
que el destino
no te debe
absolutamente
nada.

El Hambre de la Piel Ausente

Mi nombre es
Soledad, y hoy
soy el vacío en
el lado derecho
de tu cama.

Soy el brazo
que estiras en
la noche y que
solo encuentra
sábanas frías,

el peso de un
"te amo" que se
te pudre en la
boca porque no
tiene destino.

Lloras porque
has buscado en
mil rostros el
reflejo de tu
propia casa,

y solo has
encontrado
espejismos,
manos que
sueltan las
tuyas
demasiado
pronto,

y ojos que te
miran como se
mira un paisaje

por la
ventanilla de un
tren:

algo hermoso o
triste, pero
siempre,
siempre, de
paso.

En este 2026 de
amores
desechables y

catálogos de
carne,

donde el afecto
se mide en la
velocidad de un
dedo que te
descarta,

te sientes una
mercancía con
el sello de
"invendible".

Lloras porque
te preguntas
qué hay de roto
en tu
arquitectura,

qué nota
desafinada
suena en tu voz
que hace que
todos se alejen,

qué marca
llevas en la
frente que solo
el amor puede
leer y rechazar.

Es el dolor de
ver al mundo
caminar de dos
en dos, como en
un arca,

mientras tú te
quedas en la
orilla, viendo
cómo sube el
nivel del agua.

Sientes la
envidia amarga
de los abrazos
ajenos en la
calle,

y el silencio de
tu casa te grita
que no eres la
prioridad de
nadie.

Lloras porque
el alma se
cansa de ser
fuerte, se cansa
de bastarse a sí
misma,

y solo quiere,
por una vez, ser
el puerto donde
alguien decida
anclar.

Llora por la
ternura que
tienes
acumulada y
que nadie
reclama.

Llora por la
sospecha de
que quizás
morirás sin que
nadie sepa

cómo suena tu
risa cuando no
tienes miedo de
ser tú mismo.

Hoy mi nombre
es Soledad, y

soy el desierto
de saber que,
en el mapa del
afecto,

eres una isla
que nadie ha
querido
descubrir.

La Cárcel de Carne

Mi nombre es Soledad, y hoy

huelo a hospital
y a miedo.

Soy el silencio
que cae cuando
los médicos
cierran la
puerta

y te quedas a
solas con un
dolor que no

tiene
traducción.

Lloras porque
tu cuerpo, que
antes era tu
aliado y tu
danza,

se ha vuelto un
extraño que te
mantiene
cautivo entre

sábanas
blancas;

un territorio de
cables, de
alarmas y de
esperas
interminables

donde el tiempo
ya no se mide
en horas, sino

en latidos de
angustia.

En este 2026
que adora la
fuerza y
desprecia la
grieta,

tu debilidad es
un muro que te
separa de los

vivos que
corren afuera.

Lloras porque
sientes que te
has vuelto una
carga, una
sombra,

una mirada de
lástima en el
rostro de los

que más
quieres.

Sientes la
soledad de
saber que, por
más que te
tomen la mano,

nadie puede
entrar en tu
piel para
ayudarte a

cargar con este
peso;

nadie puede
respirar por ti,
ni sufrir por ti,
ni cruzar este
valle

donde el dolor
es el único
idioma que se

habla con
fluidez

El Último
Umbral (La
Despedida)

Mi nombre es
Soledad, y hoy

soy el frío que
te sube por los
pies.

He esperado en
el borde de tu
cama durante
todos estos
años,

mientras tú
corrías
buscando ruido,

buscando
manos,
buscando fugas.

Pero el tiempo,
ese río que no
sabe pedir
permiso,

nos ha dejado a
solas en esta
habitación

donde la luz ya
no golpea,

donde el mundo
exterior es
apenas un
murmullo que
se desvanece

como una radio
perdiendo la
señal en mitad
de la noche.

Lloras porque
ahora entiendes
que nadie
puede morir
por ti.

Ni el amor más
puro que
tuviste, ni los
hijos que hoy
aprietan tu
mano,

ni el Dios al que
le gritaste en
los momentos
de naufragio.

Este es el único
viaje que se
hace sin
maletas y sin
compañía,

un paso hacia el
blanco absoluto

donde mi
nombre,
Soledad,

deja de ser un
peso para
convertirse en
el aire que te
envuelve.

Lloras por la
soledad de la
partida, por el

"adiós" que se
queda atascado,

y por la certeza
de que tu
historia, con
todas sus luces
y sombras,

está a punto de
cerrarse como
un libro que

solo tú has
leído de verdad.

No me mires
con miedo,
mírame como a
la madre que
siempre fui.

Fui la que te
obligó a pensar,
la que te

enseñó a sentir
el silencio,

la que te
recordó, en
cada vacío, que
estabas vivo.

Ahora, en este
último suspiro
del 2026, donde
el neón ya no
importa,

soy la que te
toma la mano
para cruzar al
otro lado del
espejo.

Llora por última
vez, porque
aquí se acaba el
hambre y el
rechazo;

mi nombre es
Soledad, y he
venido a
llevarte a casa.

El Eco y la Estela

Mi nombre es Soledad, y hoy soy el espacio que dejas al marcharte.

Soy el aire que nadie respira

en tu lado del
sofá,

el número de
teléfono que tus
amigos no se
atreven a
borrar,

y esa pregunta
punzante que
flota en el aire
de este 2026:

¿Quién era yo,
realmente,
cuando nadie
me miraba?

Lloras al ver,
desde la orilla
del adiós, el
vacío que
siembras.

Lloras por la
soledad que le

heredas a
quienes te
amaron,

esa que se
sentará con
ellos a cenar y
les recordará tu
ausencia

en cada plato,
en cada risa
rota, en cada

Navidad en
silencio.

Es la paradoja
final: te vas
solo, pero dejas
una soledad
compartida,

un rastro de
sombra en el
corazón de los

que aún
caminan.

Y en ese último
diálogo de tu
alma con su
propia sombra,

te preguntas si
fuiste más que
un breve ruido
entre dos
nadas.

“Fui amado”, te
respondes, y el
silencio te
devuelve un
eco.

“Fui olvido”, te
susurras, y el
pecho te duele
como un
incendio.

Te das cuenta
de que tu vida
fue un puente
tendido hacia
otros,

y que ahora, en
la soledad
absoluta de la
partida,

lo único que
brilla es la luz

que encendiste
en la oscuridad
ajena.

Llora por la
belleza del
vacío que dejas,
porque es la
prueba de que
estuviste.

Llora por el
alma que se

reconoce
pequeña, frágil
y única.

Hoy mi nombre
es Soledad, y
soy el testigo de
tu última
verdad:

que nos vamos
solos para que
otros aprendan,

en nuestra
ausencia,

el valor sagrado
de no haberlo
estado nunca
del todo.

El Testamento del Espejo

Has cerrado el libro, pero no has cerrado la puerta.

Has llorado por el viejo, por el

enfermo, por el
rechazado,

como si sus
nombres fueran
extraños que
cruzaron tu
calle.

Pero mírame
bien, ahora que
el silencio es un

muro
infranqueable:

mi nombre es
Soledad, y el
rostro que has
estado leyendo
todo este
tiempo...

no es el mío. Es
el tuyo.

He sido el
testigo mudo de
cómo huías de
ti mismo,

de cómo
encendías la luz
para no ver tu
sombra,

de cómo
llenabas tu vida
de ruidos para

no escuchar mi
voz.

Lloras ahora,
no por mis
versos, sino por
tu propia
sentencia,

porque sabes
que, al cerrar
esta página, el

mundo seguirá
su curso

y tú volverás a
ser ese
náufrago que
finge que sabe
nadar.

Te dejo un
último regalo,
una herida que
no cerrará:

la certeza de
que eres el
único habitante
de tu propio
cráneo.

Nadie, ni el
amante más
devoto, ni el
hijo más fiel,

podrá jamás
saber qué se

siente ser tú en
este preciso
instante.

Estás solo en el
centro de tu
universo,

y esa es la
única verdad
que te llevarás
a la tumba.

No me busques
en este libro,
búscame en el
eco de tus
pasos.

Soy la que te
espera cuando
apagas el móvil,

la que te mira
desde el fondo

de tus ojos cada
madrugada.

Me llamo
Soledad, y
nunca me fui.

Solo estaba
esperando a
que te quedaras
sin excusas

para recordarte
que, al final,
siempre fuimos
tú y yo.